

XII DOMINGO T.ORDINARIO C

O se le acepta o se le rechaza

En su libro sobre Jesús de Nazaret, el hoy Papa emérito Benedicto XVI cita una obra de J. Neusner, titulada *"Un rabino habla con Jesús"*. Neusner es un judío observante, rabino, profesor universitario, profundamente respetuoso de la fe de los cristianos. El rabino, en el libro, se imagina siguiendo a Jesús durante todo un día. Cuando sus colegas le preguntan si Jesús ha cambiado o dejado fuera algo de la Sagrada Escritura contesta que no. -"*¿Ha añadido algo nuevo?*", le siguen preguntando.- Y Neusner responde categóricamente: -"*Sí, a sí mismo*". Es la gran novedad que sorprende al rabino: que Jesús se presente reclamando el seguimiento a su persona como único y verdadero camino de plenitud. O se le acepta o se le rechaza. O se trata de un maníaco con aires de grandeza, fruto de una psicología frustrada, en búsqueda de compensaciones o es el Hijo de Dios.

La escena del evangelio de este domingo quedó bien gravada en la mente y el corazón de los discípulos. La refieren tres de los cuatro evangelistas. Trascurre en un lugar solitario, en Cesárea de Filipo, a la sombra del monte Hermón, del que brotan las aguas del río Jordán, un lugar a propósito para la oración y las confidencias.

Los discípulos llevan tiempo conviviendo con Jesús, han visto sus signos, han escuchado sus palabras, han observado cómo ora, su libertad ante la Ley y su valentía para denunciar la injusticia y la falsedad aunque éstas se alberguen en el corazón mismo del Templo. Seguramente hay una pregunta que no cesa de escarbar en su alma: ¿Quién es realmente este hombre, qué misterio se esconde tras el carpintero de Nazaret?

Jesús es ya suficientemente conocido como para que en torno a su persona circulen toda clase de cábalas. Pero le interesa, sobre todo, qué piensan sus discípulos. Recurre a una pedagogía progresiva para no entrar de golpe. Empieza por una pregunta menos comprometida: *¿Quién dice la gente que soy yo?* Había opiniones para todos los gustos. Unos, que se trata de un hombre excepcional, tal vez un enviado de Dios como Juan el Bautista; otros, que es un profeta al estilo de Elías o de los antiguos profetas; también estaban los que le acusaban de "endemoniado" o "comilón y bebedor" porque no tenía reparos en comer con publicanos y pecadores. ¿Qué nos contestarían si saliéramos hoy a la calle, micrófono en ristre, en una suerte de encuesta rápida de opinión? El Islam ve en Jesús un gran profeta. Incluso los no creyentes ven en él a un hombre genial, admirable, con una fuerte sensibilidad social; "el primer comunista", le han llamado otros. Pero hay una pregunta que es personal e intransferible, la que a Jesús le interesa realmente, que no se dirige a la opinión pública: *"Vosotros ¿quién decís soy yo?"*. La contestación de Pedro es admirable: *"Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo"*.

(Digamos de paso que, más allá de las controversias sobre el papado, más allá de los apegos sentimentales o de los ataques viscerales, nadie puede negar el rol eminente de Pedro en los evangelios. En las horas de fluctuación, cuando los cristianos vacilan, cuando las ideas dejan de estar claras y se debilita la fe, qué

admirable servicio el de Pedro levantando su voz desde el centro, desde el corazón de la Iglesia, para confirmar a sus hermanos en la fe.)

Tras la confesión de Pedro, que Jesús ratifica, ya saben los discípulos a qué atenerse. Es entonces cuando Jesús, en lugar de hablar de lo que todos esperaban, del Mesías –la paz, la liberación, el fin de todos los males-, les anuncia claramente y sin tapujos su pasión, muerte y resurrección. Ni que decir tiene que les cayó como un jarro de agua fría, hasta el punto que el mismo Pedro se puso a decirle que aquello no podía ser así. Siempre es difícil de entender el camino de la cruz. Pero Jesús, después de recriminar duramente a Pedro, insiste: *“El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y se venga conmigo. Porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que la pierda por mi causa, la salvará”*.

La cruz no es la búsqueda del sufrimiento por el sufrimiento. Es la epifanía de la libertad y de la solidaridad. La cruz sólo se entiende desde el amor. *“Habiendo amado a los suyos, les amó hasta el extremo”*. Es la expresión máxima de la solidaridad de Dios, más fuerte que el rechazo que sufre: Rechazado por nosotros, muere por nosotros.

El cristianismo no es enemigo del gozo y la alegría, pero sabemos que nadie puede construir una vida airosamente digna sin una fuerte dosis de sacrificio y de generosidad. Quien no es capaz de olvidarse de sí mismo es incapaz de amar. Quien no sabe de sacrificios difícilmente sabrá de amores verdaderos. *“Quien no sabe de penas, / en este valle de dolores / no sabe de cosas buenas, / ni ha gustado de amores, / pues pena es el traje de los amadores”*, cantaban las monjitas de Santa Teresa.

+ Mons. D. Ciriaco Benavente Mateos